



* Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México.
Teléfono: (722) 213 14 07.
Correo electrónico: qluis11@hotmail.com

Mateo Lonelli

Sábado cinco de julio...
Abandonad toda esperanza...

Luis Quintana Tejera*

*En el torrente de la historia
he vuelto a creer otra vez;
he nacido con la conciencia exacta
y la desesperada tortura de no haber amado
mientras el incansable devenir
envuelve los cansados años de mi vida,
vida que es más fuerte que el hierro
porque sigue viva a pesar de la ausencia de ti.*

Ayer recibí un correo electrónico que pocos días antes de morir me escribió Mateo Lonelli desde algún lugar del planeta.

En él expresaba su desesperado deseo de ya no volver a nacer nunca más. Estoy harto –decía–, de reiterar las mismas lunas llenas, las estrellas lejanas que se apagan poco a poco, los desgastados caminos de la vida, idénticas mujeres que buscan sin convicción, la misma hoja sobre la que se desliza la pluma cansada, en fin, los mismos atardeceres en que una niñez se vuelve vieja en un instante.

No quiero tomarle el pulso al hombre que agoniza en cada siglo; ni perseguir motivaciones propias de cada momento; ni siquiera deseo abrazar la causa perdida que nos grita pidiendo piedad. Muero tranquilo porque creo que Dios se ha olvidado de mí y por fin autorizará a mi alma para que descansa bienamente.

Nacer,¹ vivir,² llegar a seguro puerto³ en el vaivén de la existencia para alcanzar la imagen serena de la reconciliación con la humanidad. He leído un breve texto⁴ que conmovió mis entrañas, un ejemplo de conocimiento parcial que sólo nos impulsa al paso final de la muerte. Este es el suicidio colectivo del individuo sereno que nunca piensa en nada más allá de su descanso, más allá del aprendizaje mediatizado y parcial en donde el hombre juega a creer.

Mateo ha muerto. Algunos informes curiosamente dispares llegaron a mi mesa de trabajo que se relacionaban con la vida y misterios de Mateo Lonelli. Intentaré resumirlos para ustedes.

1. Nacer varias veces y recorrer el desgastado sendero: he ahí la causa, he ahí la causa... El hombre ya no quiere volver a nacer, porque está cansado de esta infinita repetición casual, de estos amaneceres llenos de luz, pero vacíos de presencias.
2. Vivir para llegar a la conciencia cierta de que cada mañana no es nueva mañana, sino horizonte aparente en donde el ser humano habita.
3. El seguro puerto no es tan seguro y no resulta posible tampoco la reconciliación pretendida.
4. El texto: un verso, sólo un verso de la *Divina Comedia*: "¡Abandonad toda esperanza, vosotros que aquí entráis!" (Canto III del infierno).

Cuando aquel periodo engañosamente obscuro de la Edad Media transcurría; cuando los hombres tenían miedo a respirar siquiera y la Iglesia perseguía apariencias e ignoraba realidades; cuando todo esto acontecía, el padre Mateo de Milán conoció en Ravena a un poeta desterrado de Florencia que despertaba celos desmedidos en el ambiente clerical. Era un hombre peligrosamente culto que influía sobre las conciencias y removía el sueño medieval.

Había condenado a muchos en su torturador infierno, pero no quiso revelar el hondo secreto de su conocimiento de Dios.

El padre Mateo era en aquellas lejanas épocas un hombre sereno y seguro de su ministerio. En las pocas veces que el fantasma de la lujuria inquietó su cuerpo, él supo expulsarlo con casta decisión.

Pero no dejemos de lado al hombre que habita en el interior de nuestro personaje y tú, ingenuo lector, obsérvalo caminar por las desiguales calles de la convulsionada Italia. Observa sus ademanes y ve también cómo detrás de tanta tranquila apariencia se oculta un torbellino digno del segundo círculo del infierno dantesco.

En las pocas oportunidades que tuvo para platicar con el florentino glorioso, éste le contó de su amor por la lengua italiana y pronosticó –cual prolepsis inmensa–, que los días del latín estaban contados y una nueva era se expresaría en el romance toscano.

Eran los altos momentos del humanismo que reclamaba al hombre como centro, sin olvidar su origen cristiano. Mateo fue uno de los primeros en traducir el latín del texto venerable de la misa al bárbaro toscano del momento. Pero nunca se atrevió a confesárselo a nadie y menos aún se autorizó a emplearlo en la liturgia. Porque este hombre –recién nacido de los siglos, niño de cuarenta años–, a veces discrepaba virtuosamente. Uno de sus feligreses llegó a decir que Mateo bien podría haber escrito el quinto evangelio.

Así era él en los lejanos días de este pasado secular; rebelde, pero disciplinado; monótono en su rutina, mas dinámico en su pensamiento; ateo en sus entrañas y fiel creyente desde el corazón a su boca; compendio de ofensas capaces de reclamar un lugar en el ignorado Hades del ayer, a la vez que dueño de inflamados discursos que serían suficientes para conmover hasta las fibras más íntimas el alma de cualquier abstraído feligrés.

Las viejitas que oían sus escatológicas reflexiones gritaban con él en el silencio de sus conciencias y se confesaban con él por pensamientos indignos que nunca habían tenido. Mateo leyó a Petrarca y condenó a Boccaccio por su prosa irreverente; y sólo una vez pudo comprobar que la



carne es débil cuando se abandonó en los brazos de Beatriz, la hija menor de uno de sus devotos creyentes. Ése fue todo el sexo que conoció y probó, porque Beatriz fue a tener al hijo de ambos en una desconocida playa italiana en donde luchó por olvidar aquella escandalosa relación; o, al menos la postergó para siempre en el santuario individual de su apagada pasión.

Por ello, Mateo no supo amar realmente, no aprendió a hacerlo y murió prácticamente virgen en aquel domingo de Pentecostés en que Dios lo recibió en su seno para devolverlo casi inmediatamente a la tierra, obligándolo así a repetirse a sí mismo.

No podía creerlo cuando flotaba en el vientre materno con conciencia de hombre de sesenta años sin tener ni siquiera uno de vida. Fueron tantos y tantos momentos felices e imprecisos al mismo tiempo, se decía a sí mismo mientras recordaba escenas del pasado y proyectaba tantas otras que le aguardaban en ese futuro inmediato de su existencia. Menos aún pudo imaginarse ese mundo en el que nació en donde no había ni Dante, ni Petrarca... Sólo un respetuoso recuerdo por los grandes poetas humanistas mientras el renacimiento comenzaba.

Nuestro personaje nunca tuvo recuerdos claros de lo que podríamos denominar su primer pasado; mi conciencia de narrador me impone muchas regresiones que ni yo entiendo; me ubica ante hechos que poseen luz en su misma obscuridad y me permiten actualizar cosas que no he vivido, apenas las he presentado en el silencio acervo de mi búsqueda de cada día. Y ahí, en ese lugar de la recuperación, en esa frontera mínima entre antaño y hogaño está la figura de Mateo con todo su contenido y con todo aquello que ni él sabía; en aquellos siglos nocturnos en donde el sol apenas comenzaba, el hombre se dejaba invadir por los aires nuevos y Europa entera se movía hacia un fin anhelado y querido.

Mateo ahora trabajaba para un comendador en España y se enamoró intensamente de una mujer que fue su perdición. Lonelli era ya su apellido, el único que llegó a mi cansada pluma de tantos siglos y el que recojo ahora como testimonio de este individuo extrañamente peregrino.

Mateo ahora trabajaba para un comendador en España y se enamoró intensamente de una mujer que fue su perdición. Lonelli era ya su apellido, el único que llegó a mi cansada pluma de tantos siglos y el que recojo ahora como testimonio de este individuo extrañamente peregrino.

Leía con su amada aquellos premonitores versos de Garcilaso: "¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,/ dulces y alegres cuando vos querías..." y él fue el primero que en lugar del vocablo vos se atrevió a escribir Dios, haciendo uso de premeditado juego lingüístico que pretendía reflejar la indiferencia divina ante las penas del enamorado.

A Mateo le hubiera gustado escribir como Garcilaso y enhebrar palabras en medio del amor; pero le pasaba como a tantos otros que en el

silencio de su microcosmos son poetas y que cuando lo desean expresar su verbo muere antes de nacer; muere atado a tantos preconceptos falsos que lo alejan de la magia del decir acertado y bello. Por esto cuando Lonelli componía versos, Casandra no le creyó porque él no era ni Garcilaso, ni el divino Herrera; y nunca olvidará la vergüenza que pasó cuando su amada, sin quererlo descubrió el primer plagio de quien decía idolatrarla. Cantaba con aquel lirismo inflamado:

“Viva yo siempre así con tan ceñido lazo, Casandra, contigo, como aquesta yedra inmortal en esta encina puesta que la enreda su tronco envejecido.”

Sólo una palabra –“Casandra”– sustituía a “Filis” del inolvidable cuarteto de Aldana y la inocente Casandra jamás lo hubiera notado a no ser que en una de sus aburridas tardes en la biblioteca de su padre, halló bella antología inicial de la poesía de la época en donde el verso de Aldana se expresaba con toda su fuerza.

Pero Casandra tenía en sus ojos la extrañeza de una mujer del siglo XXI. Quizás nadie le habría hablado aún de la liberación femenina y del papel igualitario en su relación con el hombre, pero ella lo presentaba desde siempre y lo aplicaba con tanta capacidad en la relación de cada día que apabullaba a Mateo con una extraña lógica, reflejo de sus búsquedas de cada momento. Digamos que diversos instantes de su existencia en común, apagados recuerdos de un pasado que no había tenido, le recordaban a la triste muchacha de ojos verdes que este mundo no estaba hecho para ella, o, al menos no representaba lo que ella hubiera deseado de él.

En el territorio extraño de la habitación compartida con una cama pensada para el placer, Mateo y Casandra empezaron a intercambiar el amor. Sucedieron entonces cosas decididamente raras. Recuerdo una confesión de esta tierna niña, confesión hecha en el silencio de los siglos compartidos. Ella me decía: Me acerco temblando al lecho en donde me espera Mateo. Estoy plenamente convencida de que amo intensamente a este hombre, pero algo me detiene en el momento de entregarme a él. Ciertamente, a mis veintiséis años no he tenido relaciones sexuales tan intensas como les ocurre a otras mujeres a mi edad.

Mateo es bastante mayor que yo y, a pesar de ello, –odio reconocerlo–, parece un volcán en erupción cuando llega la hora del amor inmenso. Comienza a recorrer mi cuerpo con sus caricias tenues; me conduce lentamente por el laberinto de mis sueños, me rodea con sus

ilusiones, me besa poco a poco; pero yo no siento nada... Quiero creer que en este extraño mundo de la pasión yo no soy una invitada de piedra, me esfuerzo por sentir y aun así continuo ajena y no entiendo; no puedo entender. ¡Cuántas mujeres no darían lo que no poseen por tener a su lado y en su cama a un hombre como éste! ¡Frigidez, extrañeza, atracción por el mismo sexo, terror infantil de revivir experiencias ocultas de la niñez, miedo al embarazo que arruinaría todo, sensación de pecado que arraiga en el convento de mi niñez? No lo sé. Probablemente esa extraña sensación de ser mujer en busca de otra mujer me ha perseguido constantemente en los últimos meses. Sin embargo, cuando duermo en la misma cama con Araceli –una amiga con quien comparto algunos días de la semana la misma casa–, algo permite que mi cuerpo se estremezca sin desearlo, algo interrumpe el lazo de amistad que nos une para reclamar mucho más. Ayer, justamente ayer, Araceli tocó inocentemente mi espalda para tratar de quitar imprevisto dolor. En ese instante un sonido le-

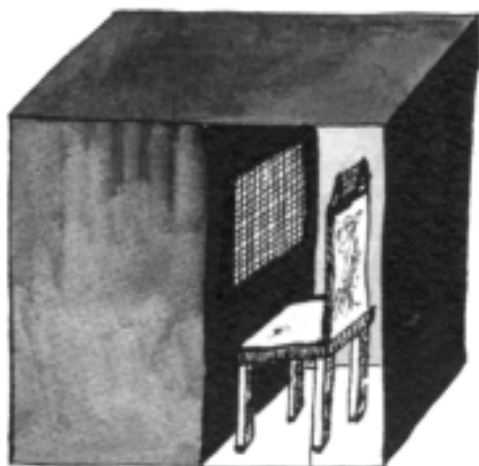
jano vibró en mí, un sonido que no pude contener y que arremetió contra todos los tabúes de mi formación católica. Me sentía a gusto con ella. Con Mateo es diferente; toda su ternura no sería suficiente para sustituir a Araceli en aquella cama de dos.

Estos son los hechos que curiosamente reproduzco ahora. Casandra y Mateo no pudieron seguir juntos porque aquel camino pensado para dos se había vuelto de pronto un extraño sendero tripartita en donde tres corazones tenían que hacer su nido. Es raro, los hallazgos en el terreno de la pasión amorosa se complican y confunden cuando menos lo piensa el pobre ser

humano, juguete perenne en manos de un fluctuar permanente de los tiempos; es así que la conciencia individual impuso el futuro. Mateo hubiera aceptado cualquier cosa por seguir al lado de Casandra; pero fue ésta la que prefirió una libertad mucho mayor para vivir con Araceli el amor inmenso.

Nuestro personaje permitió que los años pasaran y sin pensarlo siquiera llegó el día de su segunda muerte. Dios le concedió, ahora sí, un merecido descanso de poco más de dos siglos.

Está lloviendo. Este pueblo tiene unos veinte mil habitantes y se encuentra ubicado a unas dos horas de la pequeña capital del país. Europa ha quedado muy lejos y Mateo llegará a este lugar por una de esas casualidades del destino. El Supremo Poder ha pensado que en este sitio olvidado del mundo, Lonelli podrá hallar la felicidad largamente postergada. ¡Ah!, estamos en el siglo XX. Apenas comienza. Mateo es ahora un



cuidadoso pintor de automóviles, pero es también dueño de una voz bellísima, voz acompañada de tenor dominante que se oye vibrar en aquella pequeña ciudad, tanto como se oía en el medieval recinto cuando el padre de Milán entonaba sus cantos.

A los efectos del relato no nos preocupa ni que cante, ni que pinte autos, sólo nos interesa saber que esa larga siesta de siglos no le ha servido para nada; ahora se halla mucho más inquieto que antes y parece que se ha quitado la máscara de antaño; quiere ser feliz, pero sabe de antemano que no lo logrará. Y Dios no lo hizo escéptico, ni su ministerio lejano, ni su lujuria controlada, ni sus amores desesperados por Casandra, ni su disfrazada fe; lo hizo escéptico la vida misma, la repetición dionisiaca; y ha llegado a descubrir que lo que un hermoso cuerpo de mujer no puede dar, no lo puede otorgar nadie.

Y se casó de nuevo. Esta vez lo hizo con una persona mediocre que trabajaba como telefonista y que sabía por ende vida y milagros de cada uno de los habitantes del pueblo. Le decían *Nena*; nunca supe su verdadero nombre. Nena poseía un menudo cuerpo sensual que sedujo a Mateo; un andar de colegiala que despertaba a cada instante los apagados instintos, ancestrales recuerdos de una época en que Lonelli había sido santo.

En los primeros años de la relación, la joven parecía concentrar en su cuerpo toda la casta lujuria que se abandonaba en los brazos del renovado galán. Él la amó y la embarazó. La suegra, más que el suegro, no entendió aquello de "hay que esperar un poco más"; "los hijos pueden venir y luego veremos". Esta mujer terrible quiso lavar en seguida el honor mancillado y condujo, más bien arrastró a Mateo ante el altar de Dios, quien veía con olímpicos ojos horrorizados que las cosas cada vez iban peor para su discípulo irreverente.

Al segundo día de su relación matrimonial nuestro personaje comprendió que había perdido la libertad, hecho matizado apenas por otras pérdidas menores tales como la posibilidad de dormir sin ser despertado toda una noche, el café de los domingos con los amigos del club, la distraída observación de otro cuerpo que pasaba...

En fin, no podía escribir una carta sin tener encima la mirada escrutadora de su cónyuge; no podía asistir solo ni a la santa misa del repetido domingo.

Y tanta compañía controladora, inquisitorial y pernicioso hastió a Mateo. Al tercer día de su boda entendió que ya ni el sexo le gustaba con la Nena (así le decía entonces). Se acostaba en la cama boca arriba y con los ojos cerrados para que ella se sirviera sola en ese festín individual de la lujuria lejana.

Hasta que un día llegó Rocío a la casa para hacerse cargo de las tareas domésticas. Rocío no tenía más de doce años, pero igual se veía en la obligación de trabajar para vivir. La Nena fue sustituida. Al comienzo al menos lo fue en el pensamiento, porque la pequeña Rocío, con sus piernas incipientes y escualidas y su voz meliflua y confusa no podía conmovir la lujuria de nadie.

Mateo vio en ella al futuro y decidió educar a Rocío para el amor. Posiblemente Lonelli había leído el *Príncipe idiota* y creyó en la posibilidad de volver realidad el virtual aporte de papel del increíble Dostoievski. Se sucedieron así meses y años en los cuales nuestro personaje soportó a la Nena y condujo a Rocío por los cuidadosos senderos de una relación que cada vez más se tornaba realidad.

Y así lo tenemos en este presente de la historia contada repartido entre dos mujeres como lo está entre dos profesiones tan opuestas—cantar, pintar automóviles—: su alma de artista y su cuerpo de obrero. La Nena y Rocío; la esposa y la amante. Pero se fugó con Rocío a quien había enseñado la sutileza de cada momento; a quien le había dado instante por instante ese veneno del amor para beberlo en la extraña comunión de dos cuerpos solitarios. En Montevideo olvidó sus soñadas niñerías y dejó de pensar en su voz que se perdió para siempre en tantas monótonas tardes de domingo compartidas con nadie, o con casi nadie. Se dedicó a pintar carros demostrando así que su verdadero vocación se estaba cumpliendo porque realmente lo hacía muy bien. Rocío fue compañía, pero también aburrimiento e incompreensión. Mateo no entendía como esta niña voluptuosa no sabía diferenciar entre Luis Miguel y Andrea Boccelli; quizás todo el tiempo que le destinó para sexualizarla hubiera sido mejor dedicarlo a la música para conducirla hasta el territorio en donde sí hay diferencia entre la mojigatería cotidiana del cantante de moda y la profunda entrega del artista eterno de la voz. Esa voz que Mateo ya no controlaba y que había dejado atrás como había ocurrido con tantas ilusiones de juventud.

El sábado cinco de julio de 1997 Mateo dejó de existir por tercera vez. Han quedado atrás tantos hechos; mientras cerraba los ojos ante el advenimiento eterno pensó en Beatriz, en aquel hijo que no conoció; pensó en Casandra y sus locas contradicciones; en la Nena, en Rocío. Su alma se alejaba, se abismaba poco a poco y pedía clemencia a Dios. Ahora su soplo vital descansa en algún apartado rincón del universo y el Soberano del mundo planea para él un futuro diferente.

Mateo Lonelli, un hombre, un misterio redivivo, una promesa de volver a ser.

